

CAPÍTULO III.

Para seguir el hilo de nuestra historia, precisa conocer, ó mejor dicho, recordar el estado político de Granada en aquellas críticas circunstancias y en aquel tormentosísimo período. El reinado fuerte y vigoroso de Hacem, allá por sus comienzos, había con verdadera flaqueza enflaquecido tras la triste rota de Alhama. Empeñado en recuperarla el Sultán y no habiendo podido lograr tamaña recuperación, desplomóse como todos los ánimos audaces y temerarios en profundo abatimiento, arrastrado por la movilidad propia de los héroes muy parecidos en esto á los poetas y artistas, arrastrado por el curso de los acontecimientos como una rama seca desgajada por el huracán de añoso árbol y caída en rápido torrente. Hacem creyó ver, como buen ismaelita, pronósticos agoreros de su nefasta estrella en tales adversidades, y compensando con el ardor procurado por los sentidos en el placer los ardores pro-

curados por la guerra en el combate, recluyóse dentro de su palacio para vivir y amar, dejando que marcharan al impulso de su propio interior ímpetu los tristes acaecimientos. No participaba de igual resignación su mujer Aixá, cuyo temperamento varonil ya conocemos y cuyo deseo de gobernar, ejerciendo efectiva tutela sobre su hijo, llevábala por todo extremo á la conjuración permanente. Así no había en todo el espirante reino ánimo alguno tan esforzado como el ánimo de Aixá, cual suele suceder en las angustias supremas de los imperios moribundos, pues trastrocado todo, los hombres tienen desmayos de mujer y las mujeres arriesgo y valor de hombres. La indolencia mostrada por Hacem, tras los esfuerzos infructuosísimos en Alhama, exarcebaron la natural impaciencia de Aixá y la condujeron á poner por obra todos los pensamientos de rebelión hirvientes en su férvido cerebro. Recordaba que una mujer, la viuda ilustre de Alhaken, la madre del último de los Omniadas, ó sea de Hixem II, tomando en Córdoba las riendas del gobierno y poniéndolas en manos tan fuertes como las de Almanzor, había logrado reconquistar casi á España é ido como un cometa luminoso y sangriento de guerra en guerra y de victoria en victoria desde las cumbres de Sierra Morena, selladas por el moreno alfanje, hasta las cumbres del Pirineo, y desde las orillas del Guadalquivir hasta las orillas del Duero, del Ebro, del Tajo, y desde Sevilla hasta Zamora y desde Zamora hasta Compos-

tela y desde Compostela hasta Barcelona, promoviendo y levantando por todas partes la gloria del Profeta, del Koran, del Dios musulmico y venciendo á los reyecillos cristianos, vueltos como en los días de Muza y de Tarik á sus montañosas guaridas en los desórdenes y atropellos de sus terribles derrotas. No se acordaba en sus desvaríos Aixá, de que aquella dominación femenil, mantenida por el brazo de Almanzor, se había venido á tierra en cuanto Almanzor volviera muerto á Córdoba y su espíritu se disipara de igual guisa que las polvaredas levantadas por el soplo de sus rápidos y fugacísimos combates. Enamorada por todo extremo de tal personaje y de tal período, proponíase no descansar un punto hasta obtener la dirección del reino granadino, nominalmente para su Boabdil y real verdaderamente para ella misma en persona. Dábale Hacem pretextos á tales maquinaciones con su indolencia, y aprovechábalos ella en sus desapoderadas ambiciones á maravilla. En la conspiración de Gezar, Aixá era como el espíritu y el pensamiento; en la grande aglomeración de tropas que llamaron con arrojo á las puertas del retiro donde se había recluido Hacem, el esfuerzo y el genio de Aixá entraba como primer motor en las ansias naturales á sus impacencias de volcar por el polvo la indolente autoridad suprema del esposo y sustituirla con la más joven y más robusta, según ella, del adorado hijo.

Estaban ya los moros, como al fin de nuestro ca-

pítulo anterior hemos visto, sublevados y en armas á la puerta del palacio, resueltos á deponer y arrastrar al Sultán. Un ánimo de menos empuje y de menor fuerza que aquel ánimo de Hacem, en el que la indolencia no embotara la energía, un ánimo de menor fuerza, bien huyera por cualquiera de los pasadizos y subterráneos de aquel grande y laberíntico alcázar, bien contrastara el asedio guareciéndose tras muros ó puertas y rehuyendo encuentros y combates frente á frente y cuerpo á cuerpo. Mas Hacem, varonil, arriesgado, guerrero de suyo, con todos los ímpetus y todas las temeridades del héroe, mandó abrir las puertas y fió al ascendiente natural de su ánimo y de su mirada sobre los soldados, la salvación de su persona. Eran los dos jefes verdaderos de la insurrección Gezar é Illán; pero Gezar, buscaba en ella el encuentro con Hacem para derribarlo en el polvo, mientras Illán buscaba en ella el encuentro con Isabel para decirle y mostrarle su amor y su esperanza. Quiso la feliz y caprichosa casualidad, empuñada tantas veces en ser dramática, y tan fecunda en verdaderos incidentes de interés, que Gezar dividiese las amotinadas tropas en dos cuerpos, y dando la dirección de uno, del que debía entrar por la izquierda en los aposentos á Illán, y tomando la dirección él en persona de los soldados que debían penetrar por la derecha, completase tal evolución militar con la órden imperiosísima de penetrar y arremeter á todo trance. Los aposentos requeridos

por Gezar, eran los aposentos de Hacem; y los aposentos requeridos por Illán, los aposentos de Zoraya. Illán lo presentía. Llamarán á esto los físicos modernos electricidad nerviosa ó magnetismo animal, atribuiránlo á efluvios emanados por ley natural de las complexiones exaltadísimas y cargadas por la materia y sus fuerzas de flúidos misteriosos como la nube tonante; el impulso que mueve las imanadas agujas hacia el Norte, moverá los corazones amantes hacia los corazones amados; y si esta explicación materialista no puede satisfacer á quienes de otras más altas ideas se pagan y tienen mayor espiritualismo en sus doctrinas, habrá momentos en que se desceñirá el alma humana de su frágil cuerpo, y volando por lo infinito sin las cadenas de la pobre materia, sin la sombra de los sentidos, se alzará como los ángeles del cielo fuera y lejos del tiempo hasta llegar á la eternidad y ver desde allí por intuiciones milagrosas lo porvenir; será de esto lo que quieran filósofos de todas las escuelas, descifradores más ó menos felices de todos los misterios; pero es lo cierto que Illán adivinó por presentimientos proféticos, naturales á su amor, que debía dar con su Isabel adorada en las líneas de aquella peligrosa correría y en los términos de aquel azaroso viaje. Así, con una previsión justificada por los resultados, adelantábase á las puertas y abría precavido y cuidadoso como si tras cada una hubiera de hallar lo que buscaba. Yendo siempre delante de los suyos, adelantándose á su

paso Illán preveía lo que tras cada puerta le aguardaba y no quería que nadie le acompañase al punto y hora de penetrar en las diversas estancias. Por tal manera fué acercándose con tino al sitio donde se hallaba recluída Isabel y absorta en la meditación profunda y reflexiva sobre los varios sucesos que pasaran á su alrededor en aquellos críticos instantes.

Eran para meditados. Zoraya, en la plenitud completísima de su existencia, se había visto casi á los bordes oscuros del sepulcro, asaltada por una muerte aparente, que á ella misma le pareciera, en su despertar, muerte segura, efectiva, real. Una vez despierta Isabel ó Zoraya, como nuestros lectores quieran llamarla, habíase hallado en camarín lujosísimo de imperial palacio con gallardo moro, cuyo perfumado cuerpo y cuyo espíritu centellante acusábanlo de noble origen y altísima prosapia, quien á sus plantas rendido le ofrecía un ardiente corazón. Brusco tránsito para Isabel pasar desde su blasonado castillo á profanos harenes y dejar su nombre tan castellano por el nombre tan árabe de Zoraya, y su iglesia, tan frecuentemente visitada, por los áureos alhamíes donde se leía y adoraba el Koran; brusco tránsito ciertamente, pero no tanto, ni tan rápido, como el paso, tras un sueño parecido á la muerte, desde aquellas estancias del haren granadino donde sólo reinaba Moraima y todas las mujeres asemejábanse á las enjauladas ave-cillas congregadas allí para diversión de un señor

contento con oír sus gorjeos y ver su plumaje con glacial indiferencia; el paso desde tal estado á un amor exaltadísimo, á un homenaje continuo, á la oferta de un corazón cariñoso, á las invitaciones para un amor eterno. Tales cambios aún resultaban mucho más incomprensibles y mucho más extraordinarios que la trasmutación, en aquellos tiempos no extraña, por causa de las guerras continuas y de los combates diarios desde princesa cristiana en oriental odalisca. La mujer vive para el amor, y en cualquier ocasión de la vida que se le ofrezca y presente, si no lo corresponde y lo paga, lo considera y lo examina, estimando las facilidades que lo allanan ó los obstáculos que lo impiden con más exactitud que cualquier matemático examina y aprecia los datos componentes de importantísimo problema. Zoraya era por gallardo infiel requerida de amores, y si este requerimiento no había cautivado su corazón había cautivado ciertamente su amor propio.

El sitio donde se hallaba recluída Zoraya, parecía á un recorte del Paraíso anunciado por el Profeta predilecto de Dios á sus fieles y á sus creyentes. Cuando veis de lejos un palacio árabe, diríais que solamente pueden habitarlo, por la tosquedad y adustez de sus paredes, hombres y hombres de guerra; pero cuando entráis en su seno y veis sus estancias, diríais que sólo pueden habitarlo mujeres y mujeres sensuales y voluptuosas. Zoraya estaba recluída en mirador cuyas áureas celosías dejaban espacio bastante á que viera el

campo y el cielo, pero impedían el ser vista desde fuera. Bóvedas de laureles, jazmines y rosales conducían á la puerta del camarín; juegos de agua, que parecían salir de los mirtos y arrayanes, refrescaban el aromado ambiente y cubrían el aire, ora de cristalinas gasas, ora de sonorísimas perlas que con su rocío cayendo sobre las hojas y sobre las albercas así encantaban la vista como acariciaban el oído. Un arco de antigua dentada herradura, por el corte de aquellos cordobeses que componían el Mirab, y empapado en rosáceos colores parecidos á los reflejos del ópalo, daba ingreso al santuario, cuyos recuadros llenos de hojas y flores, que parecían abrirse al tibio aliento de una eternal primavera; cuyas fajas azules donde letras cúficas y africanas componían entalladas en plata leyendas poéticas y versos maravillosos; cuyos ajimeces festonados de rientes y hermosos estucos por toda suerte de labores primorosas esmaltados en guisa de joyeles damasquinos; cuyos azulejos formando los frisos bajos de las paredes y pareciéndose á ricas porcelanas cubiertas de pedrería preciosa; cuyos pavimentos de alabastro tan brillantes como bruñidos espejos; cuyos techos de alerce incorruptible con oro y marfil embutidos, formando estrellas tan relumbrantes como las nacidas en las orientales noches; en fin, cuya totalidad maravillosa formaba singular sitio, como si fuera soñado por los poetas del Yemen y sostenido por los ángeles del Koran.

Las letras brillantísimas esculpidas en las fajas

celestiales expresaban sonoros versos de antiguos poetas árabes. Unas veces la estancia parecía como una persona viviente hablar maravillosas palabras é inspiradísimos decires, comparándose ya con una esposa que se dirige al casto lecho de su esposo, ya con una esplendente aureola de las que ciñen los astros en sus elipses y en sus centelleos. Si por un lado se destacaban ardientes invocaciones al Dios airado de las batallas y al nombre inmortal de los héroes, por otro lado se oían susurrar palabras eróticas, suspiros embriagados de amor, llamamientos al sueño feliz y al placer intenso. Tal sentencia recordaba que quien adornara con tanto primor aquellas paredes brillantísimas, descendía de amigos fraternales del Profeta; y tal otra sentencia más triste y melancólica recordaba las lágrimas ardientes caídas de los ojos nublados por la triste adversidad. El poeta, ducho en hipérboles asiáticas, parangonaba el sitio aquel con los templos de cristal, nombre dado á los santuarios salomónicos de Jerusalem y sus pavimentos á los mares alterados y encrespadísimos por los embates del huracan. Loores á la suave luz; metáforas descriptivas del brillante color que por todas partes allí resplandece; comparaciones con las estrellas matutinas y con las flores primaverales; encarecimientos del agua que corre por los manantiales para encantar la floresta con sus susurros y del agua que se para en las albercas para copiar y reflejar los esplendores del cielo;

recuerdos de las áureas arenas africanas, del dátíl cogido en el oasis, de la gota llovida por placentera nube, de la gacela en el desierto, de la tienda nómada, del corvo alfanje, del Yemen poético, de la media luna enlazaban Granada con Damasco y decían á cuantos pasaban entre paredes tan esmaltadas y bellas, cómo los reyes nazaritas no podían olvidar las ramas genealógicas de su estirpe y los imperecederos recuerdos de su historia.

En aquel sitio, que parecía propio tan sólo para las evocaciones de los poemas orientales, en aquel sitio meditaba Isabel como si estuviese allá en la iglesia de su castillo y al pie de sus antiguos confesores sobre los abismos que separaban su alma cristiana, cada vez más adherida de suyo al dogma católico, del alma infiel que, jurándole amores sin cuento, le prometía goces sin medida. Las dos religiones batallaban por dominar al mundo; y no era ella, por más que la llamasen Zoraya sus terribles perseguidores, que si le arrancaron el nombre de pila, no pudieren arrancarle la fe de Cristo, no era ella, hija de mártires, educada en los templos católicos, dispuesta siempre á confesar la fe, quien debía salvar esos abismos y arrojarse contenta en brazos de un moro quizás el asesino de su padre, arrancando con este perjurio, solo propio de infames renegados, á la Iglesia una hija dilecta y al cielo un alma bienaventurada. En su interior, Isabel agradecía mucho el amor mostrado por aquel árabe que tantas palabras deleitosas le dijera y tanta fidelidad le

jurara; pero al mismo tiempo, cuando alguna propensión le inclinaba por algun camino hacia él ¡oh! sentía las campanadas de la oración, las espirales del incienso, los acentos del órgano, los destellos de las lámparas, los astros componiendo la corona de María, los ángeles bajando á traerle recuerdos de la bienaventuranza donde sus padres se hallaban después del terrible martirio; y al estrépito de todas estas ideas que zumbaban en sus oídos y volaban á su vista como si tuvieran voz y alas, prometíase y jurábase con promesas y juramentos inflexibles morir mil veces entregando su garganta, si era preciso, á las cimitarras mahometanas que claudicar en brazos de un protervo infiel, por ilustre y por amoroso que fuese. A tales pensamientos volvíase con amor su corazón hacia las perspectivas de una redención, posible á su cautiverio, de un rescate más ó menos próximo pagado para su libertad y redención, de un canje quizás entre prisioneros que le permitiera reedificar el castillo de sus padres y vivir en él entre los suyos, defendiendo é ilustrando la vieja gloria de su Castilla y el ortodoxo dogma de su Iglesia. Cuando tales reflexiones pasaban por su mente, no hay que dudarlo, veía como personificación de todo aquello, la figura de Illán, el joven, el apuesto, el rendido cristiano, que se dejara cautivar para seguirla y que desde las mazmorras le dirigía todas las noches canciones suavísimas para recordarle su religión y su patria consagradas por aquel sacrificio, y holocausto enar-